

RENAUD LEBLOND

EL NADADOR DE AUSCHWITZ

La increíble historia real del deportista
que nadó en el infierno.

emecé

Renaud Leblond

El nadador de Auschwitz

Traducción de Agustín Pico Estrada

emecé

Constantina, Argelia

Verano de 1928

No lograrán que se meta en el agua. A Alfred no le gusta el agua. Se los ha dicho mil veces. Todos los sábados tiene lugar un mismo ceremonial, una misma procesión: la familia Nakache completa baja por el sendero que conduce a la represa de Sidi M'Cid, en el fondo de la quebrada de Rummel, en Constantina, en el este de Argelia.

—Déjenme en paz, ya les dije que no me gusta el agua.

—Lo que pasa es que te da miedo. Eres todo un pollito mojado —se burla su primo Gilbert.

Lo peor es que tiene razón. Alfred tiene trece años y el mar le da terror; también los estanques, aunque no sean profundos. No sabe de dónde le viene esa fobia. Sentado al borde de la represa, se aferra a la escalerita de acero que se sumerge en el agua azul. Apenas si logra meter los pies en el agua. En tanto, su hermano menor, Prosper, multiplica las idas y vueltas, alternando estilo pecho y crawl, mientras le dedica una mueca distinta a su hermano a cada vuelta.

Alfred, con la cara vuelta hacia el sol, los ojos cerrados, finge no verlo. A David, el padre de ambos, tampoco le gusta el agua. Sí le gusta tener a toda su familia en

torno a sí. Rose, la madrastra de Alfred, hermana de su madre, partida al cielo demasiado pronto, su hija Georgette, sus hijos, sus sobrinos... Sobre todo a la hora del picnic, preparado con esmero por la maravillosa abuela Sarah, quien, a pesar de su miopía galopante y de la fragilidad de su corazón, multiplica su inventiva para satisfacer el apetito de toda la tribu.

Cada sábado, día de shabat, es una fiesta: brochetas de carne, puré de berenjena, tomates secos, tibios por el sol, salados, humus, ensaladas de naranja, macrudes de dátiles, pasteles con agua de rosas y agua de azahar...

Se instalan junto a la piscina natural que forma el embalse, en un rincón sombreado que los protege del calor de horno, lo suficientemente cerca como para disfrutar del espectáculo de las zambullidas de los cuerpos bronceados que se tienden hacia el vacío, lo bastante lejos de la algarabía como para escuchar las historias que cuenta David. Nunca habla de su trabajo de encargado del montepío del pueblo. Alfred sabe que su padre les adelanta dinero a los más pobres. En cambio, nunca se cansa de hablar de religión. David es creyente. Muy creyente. Se empeña en transmitirles a sus retoños los principios del judaísmo, los textos sagrados, el Talmud, la Torá. A Alfred le da un poco de vergüenza reconocer que esos largos discursos le aburren un poco. No entiende a qué se parece ese Dios del que le hablan. Tampoco dónde se esconde. Sobre todo, por qué, si se dedica a velar por nosotros, no impide tantos males. Sin ir más lejos, ahí nomás, en la primera página del *Dépêche de Constantine* que envuelve los frutos traídos por Rose, el atentado del

22 de enero de 1928: una bomba en el corazón mismo del mercado, tres muertos, dos judíos, un musulmán, cuarenta heridos. Gente que hacía las compras, que estaba de paso por ahí, que nunca se había metido con nadie. Lee, en el papel arrugado del periódico, sin entender del todo, que se trata de un nuevo ataque contra el barrio judío, el Kar Chara. Se trata de un dédalo anárquico de callejuelas milenarias ubicado en las orillas del pueblo, al filo del precipicio, a ochocientos metros de altura y que termina en la avenida del Abismo. *¿Qué estaba haciendo Dios ese día?* Alfred no se lo pregunta a su padre. No quiere herirlo. Prefiere hablar de fútbol con Roger, el menor de sus hermanos. Desde hace dos años siguen las hazañas y derrotas del deportivo Constantino, el equipo más antiguo de Argelia, como si se tratase del Real Madrid, o del Red Star, el club metropolitano del que son hinchas. A Alfred le gusta Paul Nicolas, el delantero del Red. Según parece, en Saint-Ouen no hay otro como él a la hora de sortear defensores. Admira su velocidad, su potencia. Prosper, por su parte, adora al arquero Alex Thépot. Dice que tiene resortes en los pies. Ojos de gato. Brazos que se alargan y detienen la pelota en cualquier punto del arco. Un mago, no un ser humano. De no ser por las insistentes burlas de su primo Gilbert respecto a la natación, a Albert le gustaría que esas animadas discusiones en Sidi M'Cid no terminaran nunca.

Auschwitz, provincia de Silesia

Febrero de 1944

—¡Al agua, Nakache! No nos hagas esperar, todo el estado mayor ha venido a admirarte, amigo.

El oficial Müller, responsable de la enfermería de Auschwitz, está encantado. Nakache, campeón del mundo, récord de los doscientos metros en estilo pecho, es su diversión preferida. También le divierte el boxeador francés Victor Perez, el más joven campeón de peso mosca de la historia, que aquí todos conocen por Young Perez, o por Younkie. Alfred se levanta lentamente de su litera, se enfunda en su malla de baño y su pijama bajo la mirada burlona de Müller y de dos de sus acólitos.

—Ponte esto sobre los hombros —le dice tendiéndole una frazada— no hace mucho calor que digamos —a Alfred no le gusta nada su sonrisa: sarcástica, llena de desprecio.

Al igual que la semana pasada se encuentra de pie, temblando, al borde de un estanque de agua amarronada, tapizada de algas verdes. Es uno de los tres reservorios, de unos quince metros de largo por seis de ancho, destinados a combatir incendios y distribuidos en distintos puntos del campo. Lo embarga un frío que hiela los

huesos. También la furia de saberse mera marioneta de sus atormentadores, juguete patético de esos oficiales de uniformes impecables. Uno de ellos tiene un cronómetro, otro, una cámara. El *Obersturmführer* Schwartz, temible comandante de Auschwitz III se frota las manos, satisfecho. ¡Damas y caballeros, el espectáculo está por comenzar!

—Esta vez, Alfre-dito, tienes que dar todo de ti. Diez largos en mariposa. Si mejoras tu último tiempo, tendrás derecho a una porción de carne. Si no, te reservaremos otra de nuestras especialidades. Sorpresa, Alfre-dito, sorpresa...

Alfred sabe de qué castigo se trata: el fin de la comodidad de la enfermería, el regreso a las barracas, a la oscuridad, al hacinamiento, a las repugnantes sopas. A los insoportables alaridos que, desgarrando la noche, traspasan los muros.

—¿Listo, campeón?

Salvar el pellejo, pensar solo en ti, no en ellos. Ellos no existen. Vas a nadar, Alfred, en un vacío total; sabes hacerlo. Impulsándote a fondo con los brazos, la boca abierta.

Suena un disparo, y se encuentra con la cabeza bajo el agua, abriéndose paso por entre la inmundada masa vegetal. Sus hombros se alzan en el aire glacial. Cada uno de sus movimientos lo saca de su entumecimiento, a cada largo recorrido aumenta la velocidad. *Nado. Vaya si nado. Y así es como los cago.*

—¿Y, estimado Alfredo, cómo va la cosa? —vocifera el general.

No responde. Se limita a esperar, las manos heladas aferradas al borde. Los ve conferenciar, sonriendo siempre.

—El mismo tiempo, amigo. Vamos a tener que hacer una prueba más para decidirnos.

En materia de humillación, sus imaginaciones no tienen límites. Un oficial desenvaina su daga. Sonriendo, la alza.

—Haremos la prueba del puñal, Alfred. Ven aquí.

Alfred, aterido, sale del agua. Los brazos cruzados sobre el pecho, se aproxima a sus verdugos.

—Mira —dice Schwartz, risueño—. Vamos a tirar este puñal al medio de la alberca. El agua es profunda, pero confiamos en tu talento. El juego consiste en que encuentres la daga y la agarres con la boca. El cuchillo entre los dientes ¿entiendes, Alfred? ¡Hermoso juego! Como hace un pichicho con su amo, abrirás las quijadas y la depositarás a nuestros pies. Al menos, eso es lo que esperamos, pequeña basura.

Alfred calcula que la alberca tiene al menos seis metros de profundidad. No le da miedo. Tiene pulmones para eso. Sí lo inquieta esa agua opaca, pastosa, que impide toda observación. Será buscar una aguja en un pajar. No tiene más remedio que concederles ese placer sádico. Como todos los internos del campo, está a su merced. Esclavo de su voluntad de destrucción. Pero da la casualidad de que él tiene títulos, medallas, un reconocimiento internacional que lo hace menos invisible, menos vulnerable. Depende de él estar a la altura de su condición de privilegiado. La prueba del cuchillo

entre los dientes. En un agua que es melaza y tiene una temperatura de diez grados centígrados.

Cuando el oficial tira la daga, procura seguir la trayectoria e identificar el lugar donde cayó. Le parece que fue ligeramente hacia la izquierda, a unos dos tercios de la longitud total de la alberca. Como pidiendo permiso para zambullirse, mira al general, que se lo concede con una suerte de reverencia burlesca. Se zambulle, y nadando apenas bajo la superficie, se dirige al lugar donde le pareció que caía el cuchillo. Allí, se sumerge verticalmente en el abismo. Desciende a lo desconocido. Largos, interminables, segundos, hasta que las palmas de sus manos golpean el fondo duro y viscoso.

Abre los ojos, pero apenas si ve a una distancia de un metro. Se pone a palpar la superficie, da con una pila de ladrillos, algo que puede ser una llana. Tantea tan metódicamente como le es posible. Adelante, atrás, a la derecha, a la izquierda. Conteniendo siempre la respiración. *¿Dónde mierda está el cuchillo? Se deben de estar riendo a carcajadas. Quizá piensen que quedé inconsciente o que morí.* Ahora, tantea a ciegas con gestos cada vez más amplios, hasta que siente algo que le pincha el extremo de un dedo. Alarga el brazo y toma el objeto. Es el cuchillo. Con su hoja de más de veinte centímetros. Bueno. Tendrán lo que querían, la imagen del peligroso bolchevique con el cuchillo entre los dientes. Quizá, con un poco de suerte, tendrá, como en los carteles de propaganda, un poco de sangre chorreando de los labios.

Se impulsa con tanta fuerza como le es posible y, como un tiburón furioso, emerge del agua. El fotógrafo

nazi lo ametralla a flashes. El general da brinquitos como un niño y aplaude furiosamente. Escupe el arma. No ha sangrado. Un soldado lo ayuda a salir. Se incorpora, titubeante, agotado. Mientras recupera el aliento, los ve alejarse, entrar a su rutilante Mercedes. Para ellos, el espectáculo ha terminado. Antes de alejarse, el *Obersturmführer* baja la ventanilla y le dice:

–Felicitaciones, Nakache. Esta noche te tocan albón-digas en la sopa.

Y, con una carcajada, agrega:

–Aprovecha mientras puedas. La semana que viene no va a ser así.

Alfred se envuelve en la manta; se siente incapaz de pensar, disociado de lo que acaba de pasar. Necesita largos minutos antes de ponerse en movimiento. Lentamente, se dirige a las siniestras barracas, entra a la enfermería. En torno a él, un silencio de muerte.